

# Una excursión por los Picos de Europa

Por ANTONIO F. DE GAMARRA  
Del Bilbao Alpino Club.

1.º día.—**Arribada a Espinama.** En nuestro anhelo por conocer los Picos de Europa y de los tres macizos que los integran, el Central, por ser el más importante y por encontrarse en él las mayores altitudes, al caer de una hermosa tarde de Agosto arribamos a Espinama.

Encaramadas sobre un repliegue de la ingente montaña, a 819 metros de altitud, se apiñan sus viejas casas, unas junto a otras, formando la aldehuela. Son éstas, buena muestra de la sobria arquitectura montañesa: Recias paredes de piedra, de líneas severas; tejados a dos aguas con amplios aleros; ocupando todo el largo de la fachada, la solana, balcón formado por gruesas vigas de madera, algunas profusamente talladas de rústicos adornos; y junto a las casas, levántándose sobre sólidos pilares, el típico hórreo.

Anochecido ya, nos retiramos a la fonda donde vamos a pasar la noche.

Al aparecer las primeras estrellas se hace el silencio en la aldea. Sólo el río Deva, cuyo cauce discurre junto al lugar, deja sentir su sordo rumor, despeñándose tumultuoso, buscando su salida al mar y hundiéndose en la barrancada.

Esta noche, al acostarme, no puedo ocultar la emoción que siento al hallarme ante las mismas puertas de los Picos de Europa y estoy seguro de que Armando y Godofredo, mis compañeros de excursión, sienten la misma inquietud.

2.º día.—**Los Picos de Europa.** Muy de madrugada dejamos el lecho. El borriquillo contratado espera junto al portal de la fonda la señal de partida.

Radiante es el amanecer. Nosotros, para qué decirlo, sólo deseamos caminar, lanzarnos laderas arriba y coronar una tras otra todas esas altivas cimas.

Los rayos del sol, en esta hora temprana, aún no han llegado hasta el humilde caserío de este rinconcito montañés, pero ya sus luces tiñen de rosa las paredes de Valdecoro y Peña Remoña.

Llenos de alegría, trepamos sendero arriba, maravillándonos ante cada nuevo paisaje que descubrimos. Se divisan hacia el S. las alturas de la Cordillera Cantábrica con un magnífico panorama de cumbres y detrás de éstas, envueltas entre delicados celajes, más y más montañas, hasta el infinito.

Poco después, una vez pasados los invernales de Igüedri, llegamos a los Puertos de Aliva, extensos praderíos aún húmedos por el rocío de la mañana. Sobre los verdes pastos se alzan verticales los paredones de Peña Vieja.

Nuestro borriquillo camina valientemente con su pesada carga y no se amilana cuando, pasada la fuente del Resalao (\*), se adentra el sendero en medio de ásperas graveras.

Al alcanzar la Horcadina de Covarrobres contemplamos, por vez primera, el grandioso paisaje de Picos. Por doquier elevan sus agrestes crestas y cimas estas gigantescas montañas de caliza. Frente a nosotros, las paredes bermejas de los Horcados Rojos, parecen cerrarnos el paso y más allá, divisanse, recortando sus crestas sobre el cielo, las cumbres de Madejuno, Tiro Llago, Torre Blanca y la del Llambrión, cuya altura, con sus 2.640 metros, constituye el punto culminante del Macizo Central.

¡Todo lo que ahora contemplamos es mucho más hermoso que cuanto nosotros habíamos podido imaginar!

El sendero que seguimos, llegado al pie de los Horcados Rojos, desaparece ahogado entre el revuelto mar de piedras. Nos echamos las mochilas a la espalda y despedimos al borriquillo; el trecho que aún nos queda por caminar para llegar hasta donde pensamos establecer nuestro campamento, sólo es bueno para que por él anden alpinistas o rebecos.

Son las seis de la tarde. El sol comienza a declinar y sus rayos, cayendo oblicuamente, liman los ásperos rebordes de las crestas, haciéndolos brillar y rebrillar. Sobre la Collada Blanca, plantamos nuestra pequeña

(\*) Véase al final las aclaraciones al mapa.

tienda, que queda como perdida en estas fragosidades. ¡Bella, soberbia acampada! Nos hallamos dando los últimos toques a la instalación, cuando un grito de saludo, resbalando por el pulido nevero, llega hasta nosotros desde bajo los cantiles de Tiro Tirso. Poco después, Máximo, ubica su tienda junto a la nuestra.

3.er día.—**Una travesía de crestas.** Máximo es miembro del Grupo de Alta Montaña, perteneciente al Club Alpino Español. Su sencillez y cordialidad nos revelan en él un verdadero hombre de montaña. Es alto, fuerte y resistente. Como nosotros, ama a la montaña y la vida al aire y al sol. Por eso, al instante, le otorgamos nuestra sincera amistad.

Al aparecer por la mañana a la puerta de su tienda, nos saluda con un amistoso «¡buenos días!». Y, ciertamente, la clara madrugada nos anuncia un día radiante.

Llenos de alegría cogemos nuestras cuerdas y provisiones para la jornada y abandonamos el campamento. Bordeando los Hoyos Engros, llegamos a la base del Madejuno y en una plataforma bajo la formidable pared, nos preparamos para la escalada, encordándonos. Máximo, cabeza de la primera cuerda, teniéndome a mí como segundo y, en la otra, Armando y nuestro amigo Godofredo. En seguida comenzamos la trepada. Por una inclinada cornisa, suspendida en su pared N. E., una hora más tarde ganábamos los 2.507 m. de su esbelta cima y desde aquí, recortada, contemplábamos por el O. la crestería que intentamos recorrer, reuniendo en formidable travesía, las cumbres de Madejuno, Tiro Llago y Torre Blanca.

Desde la cumbre de Torre Blanca a 2.610 m., siete horas más tarde, volvemos nuestra vista sobre el camino recorrido. Camino que, unas veces hicimos, ya encajados en estrecha chimenea, como colgados de las nubes sobre afilada arista, como tan pronto trepando por abrupta pared, o suspendidos sobre el abismo, en impresionante rapel.

La niebla, que hasta ahora se amontonaba soñolienta sobre los valles, se revuelve y, arrastrándose, trepa laderas arriba. Sus húmedos vapores, formando amplias espirales, envuelven poco a poco las cumbres.

Consultamos el barómetro y éste nos señala un brusco cambio de presión. Un frío

penetrante se deja sentir. Ahora todos nuestros sentidos se concentran sobre el contrafuerte N. E., a cuyo pie tenemos establecido nuestro campamento y buceando entre la niebla, iniciamos el descenso.

La noche se nos va echando encima. Una hora llevamos bajando, cuando, por entre unos jirones, vemos ya, a un paso, nuestras incómodas, si bien, acogedoras tiendas.

Son las ocho. El termómetro ha descendido hasta dos grados bajo cero.

4.º día.—**La Collada Blanca.** El viento, que ha soplado tristemente durante toda la noche, aumenta su fuerza al despuntar el día y sus furiosos ramalazos sacuden nuestro campamento, amenazando derribar las tiendas. Nosotros, agazapados bajo ellas y embutidos en nuestros sacos de montaña, capeamos el temporal. Se oscurece el cielo y bajo su mortecina luz aparecen aún más desolados los pedregales que se amontonan sobre la Collada Blanca.

¡La Collada Blanca! A 2.316 metros de altura, en el corazón del Macizo Central y circundada por las más altas cimas de Picos, constituye un excelente lugar para vivaquear, por estar situada a un paso de las principales cumbres. Bravo y agreste lugar, pero, como retiro ascético, carente de toda comodidad.

Un redondeado montón de grava, entre la arista S. O. de Tesorero y la que descende por el N. E. de la cima de Torre Blanca, forma la collada. Rodeada de ventisqueros y como es característico en Picos, desprovista hasta de la más humilde brizna de hierba, su cumbre, único lugar horizontal en estos contornos en el que es posible instalar una tienda, queda batida de continuo por el viento que, bramando, traspone la collada.

Dentro de las tiendas, aguardamos pacienzudos que cese el temporal. Van pasando las horas y la ventisca sigue azotándonos con ímpetu. Hacia el mediodía, en una salida hasta el nevero próximo, nos proveemos de nieve, con la que cocinamos en nuestro pequeño infiernillo de gasolina.

Un sordo rumor como de mar embravecido surge de entre el revuelto caos de hoyos, llambrias, canales y graveras. Poco a poco, al desaparecer las últimas luces, comienza a amainar el vendaval, que se calma al ce-

rrar la noche. El termómetro desciende a ocho grados bajo cero.

5.º día.—**Al pie del Naranjo de Bulnes.** Brilla de nuevo el sol y sus ardientes rayos arrancan vivos destellos de la pulida superficie de los neveros.

Desperezándonos, alegres, levantamos el campamento y emprendemos la marcha hacia la Vega de Urriello, al pie del famoso Pico de Urriello o Naranjo de Bulnes.

Ya entrada la mañana y alcanzada la collada de los Horcados Rojos nos detenemos a descansar. Nuestro paso es lento, ya que las dificultades del terreno unidas al peso de nuestra impedimenta, nos impiden caminar deprisa. Pero tenemos todo un hermoso día, radiante de luz, por delante y a cada paso nos detenemos, admirando cuanto ven nuestros ojos. Allá, en la lejanía, se recorta el Pico de Urriello y nuestros corazones saltan de emoción al divisar el formidable murallón.

Después de este descanso, descendemos de la collada de Horcados Rojos por ásperas graveras, en terreno escalonado, al fondo del Hoyo de los Boches, de gigantescas proporciones y, medio bordeándolo, por un colladín —la gargantada del Hoyo de los Boches— pasamos al Jou sin Tierra.

Estos hoyos o «jous» son grandes depresiones, sembradas por ríos de grava que se precipitan desde las cumbres que les cercan.

Marchamos alegres por el fondo del hoyo, cuando, al rodear unas rocas, descubrimos algo que todos ansiábamos contemplar: Un rebaño de rebecos que, tranquilamente, tomaba el sol y que al sentir nuestros pasos sale disparado cuesta arriba. A sus ágiles saltos prorrumpimos en exclamaciones de entusiasmo; parece que las finas patas de las delicadas gamuzas no se posan sobre el suelo, corriendo por la inclinadísima pendiente y, en su temerosa huida, atravesando un nevero, escapan por entre llambrías y pedreras con indescriptible velocidad.

El rebeco (rupicapra) es de la fauna de Picos de Europa la especie más característica. Constantemente perseguido y acosado, se ha refugiado en estas alturas, adaptándose maravillosamente a esta dura existencia. Es animal de poca alzada, pelaje pardo y pequeños cuernos que se elevan rectos para torcerse luego en un brusco quiebro. Súmamente asustadizo y siempre

en acecho, huye con extraordinaria rapidez a la menor sospecha de peligro. En la soledad de las alturas busca su alimento entre las terrazas de hierba que cuelgan de las paredes y únicamente en el agua que, poco a poco, emana de los neveros, apaga su sed.

Desaparecen los rebecos y, nosotros, una vez traspuesta la Gargantada del Jou sin Tierra, damos vista a la Vega de Urriello, donde poco después acampamos. La pared N. O. del Naranjo de Bulnes, bajo la cual nos hemos detenido, nos abruma con su imponente vertical.

Hemos venido hasta aquí, con el anhelo de conquistar su tan codiciada cumbre. Mas el tiempo ha pasado rápidamente; es ya tarde. La luz próxima a extinguirse, se refugia en las altas cimas, aún bañadas de sol. ¡Si nos alumbrara hasta llegar al Pico por su cara S.!

Cogemos algunas provisiones y, tirando por la inclinada canal de la Celada arriba, nos situamos al pie de su cara S. E. La oscuridad se va haciendo en torno nuestro y, como era de esperar, tenemos que desistir de ganar hoy la cumbre, sentándonos sobre unas piedras en el recogimiento del hoyo, para contemplar en silencio aún mas de cerca sus formidables paredes. Luego, volviendo sobre nuestros pasos, regresamos al campamento con el pensamiento de volver mañana temprano sobre nuestras huellas y nuestro objetivo.

Por la parte de la canal de Camburero aparecen algunos jirones de niebla que, amontonándose sobre la Vega, nos envuelven poco a poco.

El tiempo cambia y comienza a lloviznar.

6.º día.—**Un día en la Vega de Urriello.** Cuando despertamos por la mañana, aún continúa lloviendo; la lluvia cae menuda y apretada, traspasando la cortina gris de la niebla. Esta, prendida entre las revueltas fragosidades de Picos, nos impide llevar a cabo nuestro pensamiento de ayer: intentar la escalada del Naranjo, pues aventurarse con un día como el de hoy en este laberinto intrincado de riscos, es cosa que sólo pueden hacerla los rebecos y más todavía en las llambrías de la pared S., mojadas y donde con la niebla, sería peligroso meterse.

Avanza el día y la niebla deshecha en jirones, elevándose, tiende a desaparecer. Un

repentino claro nos muestra sombrío e imponente el famoso Pico de Urriello. Su formidable pared N. O. bajo la cual nos hallamos, nos impone con sus quinientos y pico metros aplomados. Sin la más pequeña grieta, cornisa o terraza, sus alturas cimeras se pierden en el cielo, hacia el cual hay que levantar la vista para contemplarlas.

Es impresionante verle aparecer y luego ocultarse, velado tras las ráfagas de niebla, como en un espectáculo de magia. En medio de un gran silencio, transcurre el tiempo tranquilamente.

A media tarde la Vega de Urriello que, a pesar de su nombre, no es más que una alargada campera en medio de ásperos pedregales, véase asaltada por un rebaño de cabras en busca de la sal, a cuya golosina están acostumbradas por los alpinistas que acampan por estos lugares. A veces, el pastor aleja a las atrevidas, pequeñas, de pelaje lustroso y cuyos cuernos recuerdan al rebecco, gritándoles cariñosamente, a cada una por su nombre.

Cambiamos un saludo con él, y le invitamos a pasar a nuestra tienda. Este pastor, de rostro atezado y de cuerpo delgado, pero resistente como un sarmiento, es el más formidable charlatán que hemos conocido en todo este ámbito de Picos. Hablando hasta por los codos, nos refiere un sinnúmero de episodios de la conquista del Naranjo, bajo el cual él tiene su majada.

El día va declinando y Manolín, que así se llama el pastor, después de obsequiarnos con unas escudillas de leche, se despide de nosotros.

Comienzan a aparecer las primeras estrellas y con la esperanza de un buen día para mañana, nos recogemos bajo las tiendas. Llega la noche y con ella la soledad de los Picos de Europa.

**7.º día.—En la cumbre de Torre Cerredo.** Al despuntar el alba, sorprendemos al Pico de Urriello despojándose del misterio negro de la noche, en la mañana fría, cuando los primeros tintes rosados, trasponiendo la silueta en sombra de sus paredes y de su cima, invaden la bóveda azul. Todavía no vemos el astro Sol, pero, por encima de su cumbre, los primeros rayos solares parece que se desparraman cual un río de fuego, que convierte sus llambrías cimeras en ígneo

reverbero. Una pequeña nube surca el espacio y este contraste hace el cielo aún más azul y más maravilloso que nunca.

Hacemos un fuerte desayuno, preparándonos para la jornada que va a ser dura. Vega de Urriello y por las Horcadas de Arenizas Alta y Baja a la Torre de Cerredo—segunda altura de Picos de Europa— primero y por el Hoyo Grande a Caín, después.

Hemos alcanzado pronto la Gargantada del Jou sin Tierra, dando vista al hoyo del mismo nombre y va bastante avanzado el día cuando, al pie de los cantiles del Tiro del Oso, dejamos nuestra pesada carga para alcanzar ágiles y ligeros la próxima collada de Don Carlos u Horcada de Arenizas Alta, descendiendo por el otro lado pedrera abajo, hacia el fondo del Hoyo de Cerredo.

Hasta el fondo del hoyo, mudo, solitario, llega la nieve; torrentes de luz, sol y nieve, destellos vivísimos de los colgados neveros. En medio de un místico silencio se yerguen frente por frente a nosotros las siluetas de Torre Bermeja y Torre de Cerredo, esta última inquietante en la quietud de la altura, silenciosa en el silencio de los altos hoyos y gigantesca entre las Torres vecinas.

Estamos en la cumbre de Cerredo. Hemos llegado después de dura trepada, aunque no difícil. Hemos en pleno corazón de este importante macizo, en la soledad de esta augusta cresta de la cima, sin que pueda expresar con palabras la emoción que he sentido al alcanzarla; augusta, porque es grandioso e imponente, salvaje y caótico el caos de crestas y hoyos, de torres y picos que contemplamos o tenemos a nuestros pies; el conjunto todo de cuanto se extiende ante nuestra vista: desde el vecino macizo de las Peñas Santas, sumidas en fuerte contraluz, hasta la lejanía infinita de toda la montaña palentina, en un mar embravecido de picos y crestas, o hasta aquella otra lejanía, en contraste con este atormentado caos, en la que divisamos la plácida línea azul del mar, rutilando bajo un immaculado dosel de cirros.

Llevamos casi dos horas y ¡qué fugaces horas! en nuestra enhiesta atalaya, cuando no sin pena tenemos que abandonarla, para volver sobre nuestros pasos hasta el lugar donde habíamos dejado nuestras mochilas.

Son las seis de la tarde... Una frugal comida y en marcha nuevamente, para no poder llegar a Caín según el plan previsto,

pues después de alcanzar la Horcada de Caín o de Arenizas Bajas y de alcanzar y atravesar todo el Hoyo Grande, se echan las sombras sobre nosotros con pasos tan de gigante, que luego nos vemos precisados a encender nuestras linternas, metidos en la parte inicial de la Canal de Dobresengos. A sus débiles claridades parecen agrandarse hasta la inmensidad las proporciones de esta canal; sus pendientes se hacen por momentos más fuertes, abruptas y peligrosas con esta luz.

El altímetro marca 1.535 metros de altura, cuando comprendemos que es prudente no continuar y sobre un pequeño rellano, bajo un cielo tachonado de estrellas, nos disponemos a pasar la noche. El aire es puro y frío y de cuando en cuando, un soplo de viento nos trae como en un arrullo la canción de la montaña. Callamos, no atreviéndonos a romper el silencio de esta hora serena y misteriosa, ocupados cada uno con el ir y venir de nuestros más íntimos pensamientos.

Estamos cansados; han sido trece horas de marcha y así me he dormido: suavemente, sin saber cuándo ni cómo. Los últimos recuerdos del día han sido cuando contemplaba estos murallones de Dobresengos, que nos dominan, negros como la noche misma, cómo se elevaban, no sé hasta dónde...! y aquel brillante lucero...! ¡Cuántos sacrificios pueden hacerse a cambio de todos estos momentos de intensas y gratas emociones!

8.º día.—**De Caín a Puente Poncebos.** El día ha amanecido gris y pegajoso; jirones de niebla nos envuelven a ratos. Ahora, de día, comprobamos que poco más abajo, teníamos la majada de la Canal de Dobresengos y la codiciada fuente, como también el arranque de la senda que nos lleva hasta Caín, pequeña aldea con poco más de dos docenas de casucas, perdida entre estas torres y a orilla del río Cares, viviendo su vida mísera y difícil.

Ha llegado el triste momento en que Máximo, el buen montañero y mejor compañero, que durante una semana ha compartido con nosotros todas nuestras alegrías y penalidades, ha de separarse. Después de un fuerte abrazo, en el que va todo nuestro afecto y amistad hacia el buen amigo, hecho en marchas y ascensiones, en campamentos, fatigas, emociones y goces, en el transcurso de

estos días, le dejamos marchar en su camino hacia Valdeón, para coger nosotros el de la Garganta del Cares, hacia Poncebos.

Caminamos por la nueva senda, recién construída por la Electra del Viesgo, senda robada a estos murallones a fuerza de dinamita. Por el fondo de la garganta y bastantes metros más bajo que la senda, se atropellan espumajeadas las aguas del río y el cielo, que arriba se vislumbra, queda prendido entre las paredes de esta gigantesca falla, que, en algunos puntos, alcanza estrecheces inverosímiles bajo paredes y desniveles que llegan y aún sobrepasan los mil metros. Contrasta con esta senda el ver trozos de la senda antigua, única salida hacia Poncebos y Arenas de Cabrales: trozos que se empinan, zigzagueantes sobre herbosa pendiente; retorciéndose a orillas del río como remon-tándose a elevadas alturas; en tallados escalones en plena pared de roca, en pasos sobre profundo abismo; el atrevido puentecillo de Trea, de un solo arco de hormigón, sumamente estrecho, capaz escasamente para una persona y del que hoy, destruído, todavía puede verse su estructura de redondos de acero, a 70 metros o más sobre las aguas del río; y contrasta lo viejo y lo nuevo, porque si bella era la senda antigua, lo es infinitamente más la nueva, a la par que cómoda, atrevida e impresionante, teniendo en trayectos larguísimos la roca por dosel u horadándola, como sólidos y fuertes puentes que por un trazado casi horizontal, nos deja contemplar en toda su grandiosidad esta fantástica hoz del Cares, única en España y que bien merece ser un itinerario turístico nacional.

Tres horas y media después de dejar Caín e ir de exclamación en exclamación, de sorpresa ante belleza tal, llegamos a Puente Poncebos donde pasaremos la noche.

9.º y último día.—**Despedida.** Nuestra excursión está llegando a su término.

Tempranito dejamos el lecho y ya, por carretera, vamos caminando alegres hacia Arenas de Cabrales, para aquí tomar el autobús que nos lleve hasta Llanes.

A nuestra espalda queda la «Peña». Esa maravillosa filigrana tallada en dura roca calcárea por el transcurso de los siglos; caos magistralmente ordenado, para formar el más hermoso conjunto estético, donde

hasta la última piedrecilla se halla ocupando su lugar exacto.

Picos de Europa, que ha sido para nosotros al par que recreo de nuestra vista, elevación de nuestro espíritu e intensas emociones de escaladas. Aún desde el autobús, que jadea al remontar las cuestas, seguimos admirando a la Asturias de los verdes praderíos y los rientes valles; la de las perfumadas manzanas y las cantarinas gaitas; la de los hórreos y la de las pequeñas xanas que pueblan sus fuentes. . .

Pero sobre todo, a la Asturias de los grandiosos e incomparables Picos de Europa.

### ACLARACIONES AL MAPA

El plano parcial del Macizo Central de los Picos de Europa que ilustra estas líneas, con una interpretación esquemática de su orografía, es una reducción del magnífico plano de este importante macizo de don J. M. Boada.

Conveniencias de formato y dimensiones, hacen que no figuren las zonas de Amuesa, Main, Pandébano y Duje, pero son las zonas menos excursionables e interesantes del macizo. Tampoco se ha definido el caos de canales y crestas, innominadas, que descienden al Cares desde las crestas de las Torres de la Palanca, de Don Pedro Pidal y del Pamparoso, entre las que se encuentra la Canal del Mueño, que desemboca próxima a Caín, por tratarse de accesos al macizo, no usados, ni convenientes.

Abusando de la amistad de mi buen amigo, A. Tresaco, uno de los mejores conocedores de Picos de Europa y que es quien ha ejecutado este completísimo mapa, puedo avalorar y hacer posible seguir por el terreno el relato de esta inolvidable excursión. Le envío desde estas líneas mis más expresivas gracias por cuanto precede y por brindarme la oportunidad de ofrecer a PYRENAICA un mapa que, en su clase y sobre este macizo, es el más completo y más al día que haya sido publicado en toda otra revista de montaña.

En el aspecto toponímico introduce nombres que no figuran en el mapa de Boada, como son: Pico de Boada —es natural—, Torre del Altaiz, Risco Saint-Saud, Torre Labrouche, Torre Sin Nombre, Collada Blanca, etc., como así también el emplazamiento del refugio del Collado Jermoso y del nuevo de la Vega de Urriello.

Hay que hacer notar también que si no figura nombre alguno de fuentes, ha sido

para dar mayor claridad al mapa, pensando subsanar esta omisión premeditada en estas aclaraciones al mapa, al referirnos a las fuentes, en cuanto sigue a continuación:

Una particularidad que hay que tener muy en cuenta para encontrar las escasas fuentes que hay en los Picos de Europa, es la de que casi todas se sumen, desapareciendo, a los pocos metros de distancia del lugar donde surgieron; otras, son más difíciles de localizar, porque brotando en el interior de cuevas, sus aguas se pierden a los pocos centímetros de donde manan. Para facilitar el hallazgo de unas y otras, son los datos siguientes, tomados del folleto explicativo del plano de don J. M. Boada.

**Fuentes importantes.**—Fuente del Resalao, en Aliva, al pie de Peña Vieja, junto al camino que lleva al Collado de Juan Toribio; Fuente del Collado Jermoso, un poco por bajo del refugio y de la senda; Fuente de Dobresengos, en la canal del mismo nombre e inmediata a la majada; Fuente de la Vega de Liordes, al pie del collado que da entrada a los Tornos de Liordes. Estas fuentes forman río o arroyo.

**Fuentes menos importantes.**—Fuente de Pedavejo, al pie de la canal del mismo nombre, nace debajo de una roca; fuentes de la 3.<sup>a</sup> y 4.<sup>a</sup> colladinas y del Valle del Agua (bajera). Estas fuentes forman regatos, cuyas aguas, si se sumen, lo hacen lejos del manantial.

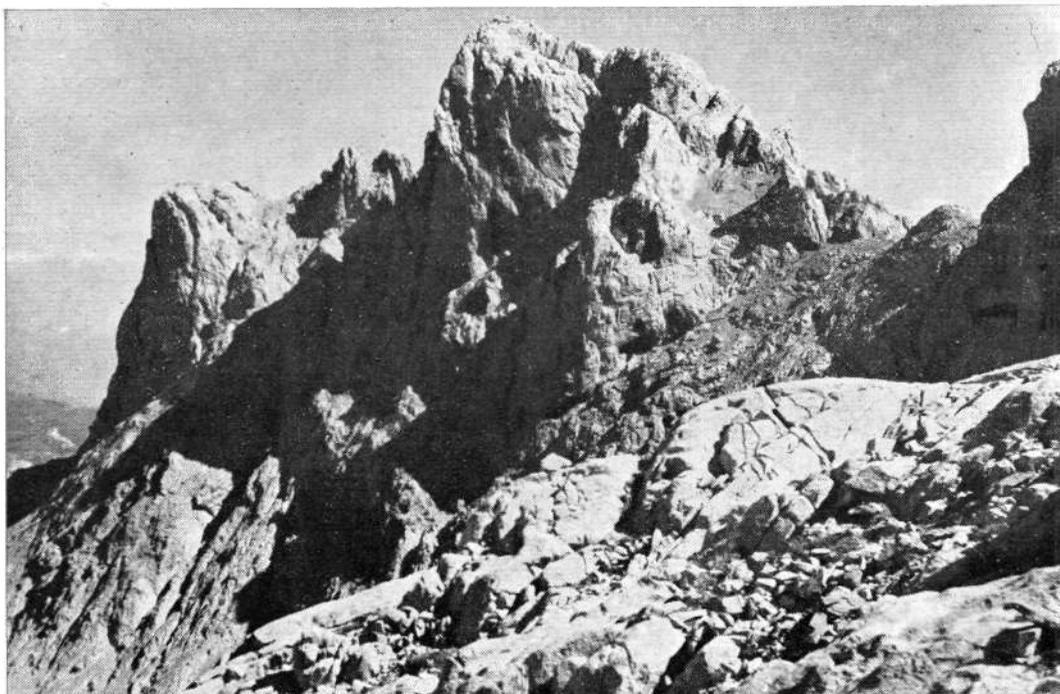
**Fuentes que se sumen en el sitio, o muy cerca, del manantial.**—Fuente del Canalón de Jou Lluengo, próxima a la senda que, desde la Canal de Camburero sube hasta la Vega de Urriello; Fuente del Mogo, la situada al S. del Cuchallón de Villasobrada; Fuente de la Meadoria, en la senda de la Canal de Camburero a Collado Vallejo; Fuente de la Chavida, próxima al collado del mismo nombre, del Valle del Agua (cimera), del Argao (Majada de las Moñetas), del Colledo de Sta. Ana, del Hoyo de los Cabrones, de la Canal de Camburero y de la Vega de Liordes (próxima a la majada).

**Fuentes que se hallan en el interior de cuevas.**—Fuente de la Vueltona, en la boca-mina de una galería abandonada; fuente Escondida, junto al camino y bajo el collado del mismo nombre, al fondo de una corta galería (resulta algo difícil coger el agua); fuente Jacinta, situada al N. del Collado de Valdecoro y, fuente de la Mina Marta-Navarra, dentro de dos pequeñas cuevas.



Desde los bajos del Hoyo de Trans - Llambrión al fondo se destacan las cumbres airosas de Torre Cerredo (2.638 m.) y Torre Bermeja (2.597 m.) apenas diferenciables y la de Torre Coello (2.593 m.)

Foto J. M. Barrena



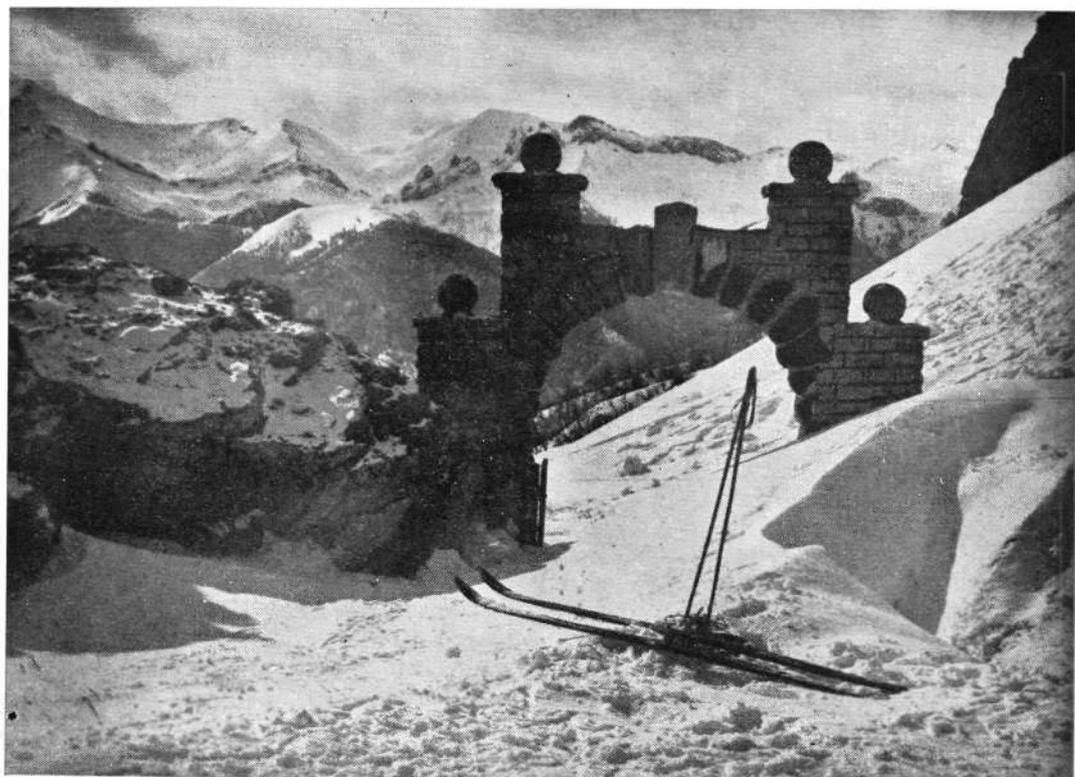
Pico San Carlos (2.392 m.) desde los bajos de la Torre de Hoyo obscuro.

Foto J. M. Barrena

## PICOS DE EUROPA

Invernal de Igüedre en  
la ruta de Espinama  
a Aliva.

Foto J. Quintanal



PICOS DE EUROPA.—«Las Portillas», entrada al Coto Nacional de Caza (Aliva).